



Carta del Ministro general

Fr. Mauro Jöhri OFM Cap

«¡TÚ ERES NUESTRA FE!»

Carta a todos los Hermanos Menores

Capuchinos en el Año de la Fe

13 junio 2013

© Copyright by:
Curia Generale dei Frati Minori Cappuccini
Via Piemonte, 70
00187 Roma
ITALIA

tel. +39 06 420 11 710

fax. +39 06 48 28 267

www.ofmcap.org

Ufficio delle Comunicazioni OFMCap

info@ofmcap.org

Roma, A.D. 2016

Sommario

¡Aquí estoy! Hágase en mí según tu palabra	5
El tiempo de la fatiga.....	6
Tú eres nuestra fe	8
La misión antecede a la comprensión.....	9
Una propuesta para continuar el camino	10

«¡TÚ ERES NUESTRA FE!»

Carta a todos los Hermanos Menores Capuchinos en el Año de la Fe

Queridos hermanos:

[1] Benedicto XVI, obispo emérito de Roma, convocó el Año de la Fe; por su parte, el Papa Francisco al inicio de su pontificado ha repropuesto las motivaciones y los contenidos. Este acontecimiento me lleva a proponeros algunas reflexiones con el deseo de que cada hermano pueda ser animado a comprobar y verificar su relación con el Señor. Me dirijo a vosotros consciente de que el don de la fe debe ser custodiado y cultivado, y sé también que el creyente tiende a padecer la tentación de la rutina, de la doblez; y no es extraño que la aridez traiga consigo sentimientos de desánimo que impiden ver el horizonte claro y luminoso que la fe abre a nuestra existencia.

[2] Sea que formemos parte de una circunscripción en pleno crecimiento numérico o de una en la que desde hace años se vive el decrecimiento, todos tenemos necesidad de ser renovados en nuestra relación con Dios. El crecimiento numérico o la inexorable disminución podría vivirse por los primeros como un motivo de orgullo y por los segundos como una fuente de abatimiento. Dios se mantiene cercano de unos y otros y, sólo una mirada de la fe nos permitirá acoger con alegría y serenidad esta verdad. Preguntémonos, entonces, cómo podemos orientarnos en este tiempo marcado por fenómenos como la globalización, el crecimiento del individualismo, el desinterés por los valores tradicionales, la crisis económica, entre otros.

¡AQUÍ ESTOY! HÁGASE EN MÍ SEGÚN TU PALABRA

[3] Iniciamos nuestra reflexión con la pregunta que el apóstol Pedro dirige a Jesús: «*Señor, ¿a quién vamos a ir?*» (Jn 6,68). ¿Quién podrá dar respuesta a las preguntas que surgen en nuestro corazón? ¿Quién podrá indicarnos el camino? Hace tres siglos, en mayo de 1712, nuestra Orden fue puesta oficialmente bajo el patrocinio de la Virgen Inmaculada.¹ La celebración de este aniversario poco conocido, pero particularmente significativo para nuestra Orden, me anima a invitaros a dirigir la mirada a la Madre de Dios. Los testimonios de tierna devoción de tantos de nuestros hermanos, especialmente de nuestros santos, a la Virgen María nos narran la historia de hombres que por obra de la Gracia transformaron su vida en un «credo viviente» y con confianza incondicional se entregaron totalmente a Dios. María la madre de Jesús es la imagen de este «aquí estoy» total.

[4] Ante el ángel que le anuncia que concebirá un hijo, al que dará a luz y le pondrá por nombre Jesús, María reacciona con estupor y pregunta: «*¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?*» (Lc 1,34). No pone objeciones diciendo: «¡Es imposible, no puedo!» No comprende pero en su pregunta manifiesta su voluntad de entrar en el misterio de la disponibilidad. El ángel le dice que el Espíritu Santo descenderá sobre ella cubriéndola con su sombra haciendo lo que es inimaginable e imposible. Todo permanece en el misterio y María pronuncia su *fiat*, manifestación de su fe y obediencia, entregando toda su persona al proyecto de Dios. La Virgen de Nazaret se entrega aún no comprendiendo todas las consecuencias de su sí. Ella dice: «*Hágase en mí según tu palabra*» (Lc 1,38). Es el caso de afirmar que: «*La misión antecede a la comprensión.*»² La búsqueda del sentido de aquel anuncio acompañará a María a lo largo de toda la vida de Aquel a quien ha dado a luz. El evangelista Lucas describe esta actitud de María desde el inicio de la vida de Jesús diciendo que ella «*guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón*» (Lc 2,19). María ha creído en Jesús, Palabra del Dios viviente, aun antes de haberlo visto y nos testimonia que la fe consiste en acoger una promesa que viene de Dios, sin comprender inmediatamente las condiciones particulares que la llevarán a su cumplimiento. ¿Recordáis cuando Pedro, luego

¹ Cf. *Regina Immaculata: Studia a Sodalibus Capuccinis Scripta Occasione Primi Centenarii a Proclamatione Dogmatica Immaculatae Conceptionis B. M. V.* Collecta et Edita a P. Melchior A Pobladora, O.F.M.Cap. (Rome: Institutum Historicum Ord. Fr. Min. Cap., 1955), 296.

² Fabrice Hadjadj, *Comment parler de Dieu aujourd'hui ?* Salvator 2012, p. 207

de haber pescado por una noche entera sin lograrlo, obedeciendo la palabra de Jesús acepta entrar nuevamente en el lago y tirar las redes? (Lc 5,4)

[5] También la vocación de cada uno de nosotros está marcada por una decisión libre y confiada a la voluntad de Dios. Hemos pronunciado un sí sin conocer todas las consecuencias de nuestra respuesta. Hemos confiado y hemos partido. El Año de la Fe es una llamada a redescubrir este itinerario de nuestra vocación. Clara de Asís, al término de su vida, luego de tantos sufrimientos y dificultades, da testimonio de modo seguro y convencido que nuestra vocación es el don más grande que hemos recibido del Señor³. Dirigiéndose a los religiosos en la última Jornada de la Vida Consagrada, el Papa Benedicto XVI nos exhortaba a volver a la fuente de nuestra vocación: *«Os invito en primer lugar a alimentar una fe capaz de iluminar vuestra vocación. Os exhorto por esto a hacer memoria, como en una peregrinación interior, del «primer amor» con el que el Señor Jesucristo caldeó vuestro corazón, no por nostalgia, sino para alimentar esa llama. Y para esto es necesario estar con Él, en el silencio de la adoración; y así volver a despertar la voluntad y la alegría de compartir la vida, las elecciones, la obediencia de fe, la bienaventuranza de los pobres, la radicalidad del amor. A partir siempre de nuevo de este encuentro de amor, dejáis cada cosa para estar con Él y poner os como Él al servicio de Dios y de los hermanos»*⁴.

EL TIEMPO DE LA FATIGA

[6] Hermanos, orad conmigo de modo que cada uno de nosotros mirando el camino recorrido con el Señor pueda con estupor y gratitud dar testimonio de que todo es gracia. No podemos ignorar que nuestro camino de fe comporta también situaciones marcadas por el cansancio, el desánimo y las caídas. Permitidme dirigir un pensamiento afectuoso a los hermanos que por diversas razones están viviendo momentos de crisis y de aridez; a ellos les repito las palabras que Dios dice a sus amigos: *¡Ánimo! ¡No temáis!* Os invito a meditar el párrafo evangélico de Mc 9,14-27. El padre del joven epiléptico endemoniado experimenta la impotencia y la incapacidad de curar a su hijo; ni siquiera los discípulos pudieron hacer algo. Este padre abatido encuentra a Jesús y le pide:

³ Santa Clara, Testamento

⁴ Benedetto XVI, Homilía de la Jornada por la Vida Consagrada, 2 de febrero de 2013.

«Si algo puedes, ayúdanos, compadécete de nosotros. Jesús le dijo: ¡Qué es eso de si puedes! ¡Todo es posible para quien cree!» (22b-23). Y ese hombre confundido, probado y desanimado dijo en alta voz: «¡Creo, ayuda a mi poca fe!» (24b). El grito de súplica de este hombre pertenece a la experiencia del creyente: es el clamor de quien pide al Señor ser sostenido en la propia fe. Hermanos, no tengamos temor de presentar nuestra fatiga al Señor, confiándonos a la oración de los hermanos cuando experimentamos la tentación de entregar nuestra vida a la doblez que genera situaciones de ambigüedad y división interior o, usando palabras más directas, cuando estamos constreñidos o aceptamos vivir una doble vida. Conscientes de que la fatiga viene a visitarnos, dirijámonos a la Virgen María que ha conocido momentos de sorpresa y de incompreensión⁵. Meditando acerca del silencio de María, un hermano nuestro escribía: «La Madre también fue caminante. Recorrió nuestras propias rutas, y en su caminar existieron las características típicas de una peregrinación: sobresaltos, confusión, perplejidad, sorpresa, miedo, fatiga... Sobre todo, existieron interrogantes: ¿qué es esto?, ¿será verdad?, ¿y ahora qué haremos? No veo nada. Todo está oscuro».⁶

[7] Día a día, la Virgen María ha retomado, profundizado y perfeccionado el significado de su *fiat* pronunciado en Nazaret. El Espíritu Santo, que no ha cesado nunca de actuar en ella, es el artífice de este camino como escribía san Buenaventura: «En el corazón de la Virgen el amor del Espíritu Santo abrasaba de manera tan singular que en su carne la fuerza del Espíritu Santo realizaba maravillas con su gracia que incitaba, ayudaba y elevaba la naturaleza»⁷. Para caminar y crecer en la fe no debemos cansarnos de invocar al espíritu de Dios y de mirar a María. «Jesucristo es aquel que inicia y consuma la fe» (Hb 12,2); María, el modelo del seguimiento.

[8] Estamos llamados a acoger nuestra existencia como vocación a la comunión con Aquel que fue el primero en tomar la iniciativa y para que esto suceda es indispensable que nuestro vivir de cada día sea animado por el silencio y la oración. Gustar de la amistad de Aquel que tiene confianza en nosotros aun conociendo nuestras debilidades, supone de nuestra parte la disponibilidad de permanecer en su presencia. La dimensión contemplativa de nuestra vocación es esencial para nutrir la vida de fe. No seamos avaros en dar

⁵ Lc. 2,3 ; 2,50.

⁶ Ignacio Larrañaga, *El silencio de María*, p. 51, Ed. Paulinas 1976.

⁷ San Buenaventura, Breviloquio, parte 4, cap. 3, n. 5.

nuestro tiempo a la oración, tanto personal como con nuestros hermanos. Nada, ni siquiera la urgencia del trabajo apostólico, puede dispensarnos de ella. Reafirmo con fuerza, seguro de cumplir un gesto de amor con vosotros, lo que nos recuerdan nuestras constituciones: *«Nuestra oración sea la expresión característica de nuestra vocación de hermanos menores... oración afectiva, es decir, oración del corazón, que nos conduce a la íntima experiencia de Dios»*⁸.

TÚ ERES NUESTRA FE

[9] Al centro de la relación con el Señor debe estar, como para María de Nazaret, la acogida de la Palabra de Dios. San Pablo escribía a los cristianos de Roma: *«la fe viene de la predicación, y la predicación, por la Palabra de Cristo»*. (Rm 10,17). En Él, el Verbo hecho carne, la fe encuentra *«una Persona en la cual se confía la propia vida»*⁹. Los escritos y las primeras biografías de San Francisco narran cómo su existencia fue continuamente renovada por la Palabra de Dios. Junto con la Eucaristía, la Palabra de Dios es el centro de la fe de Francisco, porque por medio de ella y en ella, se unía a la persona de Cristo, muerto y resucitado por nosotros. En las *Alabanzas al Altísimo*, Francisco nos sorprende con la afirmación *«¡Tú eres nuestra fe!»* La fe no es menos que la caridad o la esperanza: es y permanece como don de Dios. Éste es el motivo por el cual nunca debemos cansarnos de pedir este don y agradecer por él.

[10] En la carta programática del nuevo sexenio he indicado la urgencia de nuestras fraternidades y de todas nuestras circunscripciones de la Orden, tanto en la formación inicial como en la permanente, de continuar con el proceso de renovación de nuestras relaciones personales y comunitarias con la Palabra de Dios. Francisco dice en su Testamento que el Evangelio se hizo para él palabra viva luego que el Señor le regaló hermanos. ¿Por qué deberíamos privarnos de esta gracia? Vivir el Evangelio en fraternidad implica la participación y la ayuda mutua en nuestro camino de fe. En nuestras fraternidades hablamos de diversos temas y compartimos situaciones y eventos variados, ¿por qué callamos acerca de lo esencial? ¿No será que quizá permanecemos anclados en un esquema del pasado cuando la fe era vivida como una relación estrechamente personal con

⁸ Constituciones, 46.

⁹ Benedicto XVI, *Verbum Domini*, 25

Dios en la que los hermanos no tenían derecho de entrar? ¿O quizá se nos hace difícil encontrar las palabras que expresen los frutos que la Palabra de Dios produce en nosotros? ¿O será que evitamos confrontarnos y cedemos al amor propio por el miedo de ser juzgados? Creo que algunas resistencias provengan también como consecuencia de un clima social que confina la fe a la esfera privada de la existencia y por ello debe ser practicada individualmente sin tener en absoluto la pretensión de dar un aporte a la política, a la economía y a otros ámbitos de la sociedad civil. Por su repercusión directa en la vida religiosa no olvidemos que el individualismo debilita la calidad de las relaciones fraternas y puede también tener consecuencias negativas para nuestra fe.

LA MISIÓN ANTECEDE A LA COMPRESIÓN

[11] La Virgen María aceptó su misión sin saber que ésta le llevaría un día a presenciar la crucifixión de su Hijo. Ha creído, por eso ha confiado y ha emprendido su camino. Deseo insistir de manera particular sobre esta afirmación: la misión antecede a la comprensión, porque representa en cierto modo la piedra angular de todo discipulado. La misión que se nos confía es la modalidad mediante la cual nuestra vida se transforma en don y, precisamente por ello, se realiza plenamente cuando uno se fía, acepta partir y afrontar cualquier situación libre de la preocupación por el éxito. Hace poco tiempo visité a nuestros hermanos misioneros en Suecia y en la lejana Islandia. Los primeros provienen de la Provincia de Varsovia y los segundos pertenecen a la de Eslovaquia. Estos hermanos han aceptado el desafío de ir a países de los cuales no conocían ni la lengua ni la cultura. Se han encontrado en un contexto muy secularizado y se han puesto al servicio de una iglesia categóricamente minoritaria y compuesta en su mayoría por trabajadores extranjeros que profesan la fe católica. Estos hermanos deben recorrer largas distancias para visitar a las comunidades católicas que en su mayoría son exiguas en número. Los he encontrado comprometidos y contentos de poder llevar adelante esta misión. No me han escondido las dificultades pero ninguno ha manifestado querer abandonar la misión que están viviendo. Hemos orado juntos y los he visto asiduos a la celebración de la liturgia de las horas y a la meditación. Sin fe todo ello no sería posible. Ejemplos como estos, gracias a Dios, tenemos muchos

en nuestra Orden y quisiera que se sean una sana provocación para los hermanos que se consideran inamovibles, que permanecen cerrados a la Gracia de una nueva obediencia, de un nuevo servicio, aduciendo objeciones que no siempre corresponden a los criterios de la fe y de la minoridad. La fe, que es confianza profunda e incondicional en el Señor, lleva a la estima de sí mismos, a la disponibilidad de llevar más allá el deseo de donar la propia vida amando y sirviendo. La fe nos hace conscientes de que aceptar dejar el lugar, el oficio, el ministerio que habíamos realizado por largo tiempo para recibir otro nuevo nos abre a las sorpresas de Dios. Esta disponibilidad nos protege de convertirnos en amos del poder o en personas que se adueñan de las dinámicas de la vida fraterna impidiendo todo cambio y novedad.

UNA PROPUESTA PARA CONTINUAR EL CAMINO

[12] Hermanos, con el ejemplo de María y contemplando al Dios Altísimo con Francisco proclamemos «¡Tú eres nuestra fe!» Dejémonos interpelar en nuestra manera de vivir y pidamos al Espíritu que nuestra existencia y nuestra vocación echen raíces en la fe incondicional en Aquel que nos ha creado, redimido y destinado a gozar de los bienes eternos. Como indicaba al inicio de esta carta, hay hermanos que cultivan el don de la fe, hay otros que experimentan la fatiga y el desánimo. Todos tenemos necesidad de abandonarnos con confianza en las manos del Señor y escuchar su voz. Seguros de su ayuda y de su presencia, pongámonos en camino como la Virgen María que *«se levantó y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá»* (Lc 1,39), para estar con su prima Isabel. La virgen del Magnificat lleva en el vientre a su Señor. Isabel saluda a María con palabras que son una síntesis admirable de la experiencia de la Madre del Señor: *«¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!»* (Lc 1,45). María es bienaventurada, feliz y realizada por su fe.

[13] Me despido de vosotros con una propuesta que ya les he sugerido en el n. 10 de la carta referente a un deseo profundo que conservo en el corazón y que comparto con vosotros. Deseo que nuestras fraternidades provinciales y locales sean lugares donde nos sostengamos en el camino de fe y nos ayudemos a reconocer la presencia del Señor resucitado entre nosotros. Dando testimonio de

la belleza de la fe, ayudémonos con misericordia y paciencia en la «*fatiga del creer*» que viene a visitar nuestra existencia. Os propongo que celebren un Capítulo local en el que los hermanos, iluminados y provocados por la Palabra de Dios, la Regla y nuestras Constituciones, puedan compartir la propia experiencia de fe con el Señor, lo que ella ha suscitado, y, si algún hermano está desanimado pueda pedir oración y ayuda. Pido a los Ministros y a los Superiores locales de ayudarme a realizar este deseo. Gracias.

Con afecto fraterno.
Fr. Mauro Jöhri
Ministro general OFMCap

Roma, 13 de junio 2013

Fiesta de San Antonio de Padua

Sommario

¡Aquí estoy! Hágase en mí según tu palabra	5
El tiempo de la fatiga.....	6
Tú eres nuestra fe	8
La misión antecede a la comprensión.....	9
Una propuesta para continuar el camino	10

